

Prólogos que se le olvidaron a Cervantes

● JAVIER GALINDO ULLOA

A la memoria de mi madre, Ana María Ulloa Martínez (1931-2005), quien escuchó (y escucha), sonriendo, esta locura solitaria.

Don Miguel de Unamuno cuenta la famosa anécdota de Simón Bolívar en los últimos días de su vida, cuando éste le preguntó a su médico “si sospechaba quiénes habían sido los tres más insignes majaderos del mundo, y al decirle el médico que no, contestó el libertador: ‘Los tres grandísimos majaderos hemos sido Jesucristo, don Quijote y... yo’”.¹ La actitud gloriosa de estos personajes vive presente en el pensamiento de políticos y escritores americanos que continuaron con la realización del ideal bolivariano de la América unida, como el ecuatoriano Juan Montalvo (1832-1889) y el puertorriqueño Eugenio María de Hostos (1839-1903), quienes, siguiendo la labor revolucionaria de José Martí (1853-1895), combatieron la tiranía heredada de la colonia española, imperante entonces en su respectivo país de origen, por medio del uso de la palabra y las armas para independizar América Latina. Su objetivo era escribir, hacer la revolución total y educar al pueblo. Sin educación no habría libertad. Educar al hombre era el único fin moral; asimismo, el ideal en la escritura.²

¹ Miguel de Unamuno, “Don Quijote y Bolívar”, en *Antología*. Pról. de José Luis Aranguren. 2a. reimp. México, FCE, 1982 (Popular, 62), p. 259.

² Inspirados en aquellos “grandísimos majaderos”, Montalvo y Hostos leen, escriben y estudian sobre el porvenir del hombre americano. Sus indagaciones filosóficas, políticas y literarias se concentran en una gran cantidad de artículos, ensayos y discursos, que se publicaron durante y después de su vida. Montalvo escribe dos de sus

El objetivo de nuestro ensayo es destacar los ideales cervantinos en el prólogo a *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, escrito por Juan Montalvo, autor en quien nos centraremos para el presente análisis. Extraído del último de los *Siete tratados* (1882-1883) del escritor ecuatoriano, este extenso ensayo de doce capítulos, titulado “El buscapié. Prólogo”, manifiesta el origen de la creación de su obra, las diversas etapas de su proceso y la explicación de sus intenciones literarias de acuerdo con las circunstancias de producción. También comenta sobre el genio, el arte, la imitación y el plagio. Se inspira en el “Prólogo al lector” de la segunda parte del *Quijote* en el que Cervantes explica los motivos para continuar su historia a partir de la rivalidad que tuvo con Alonso Fernández de Avellaneda, autor del *Quijote* apócrifo. El prólogo de Montalvo cuestiona este conflicto literario y defiende a capa y espada el lenguaje español de Cervantes contra los escritores y críticos que lo vilipendian o interpretan equivocadamente el sentido de la novela (por ejemplo, el ilustre Diego Clemencín).³

Juan Montalvo nace en un lugar de los Andes, llamado Ambato, el 13 de abril de 1832, dos años después de que la Gran Colombia se había desintegrado. En medio de un ambiente político inestable y de guerras civiles, Montalvo carece de buena educación escolar y, por tal razón, su hermano mayor, Francisco, se lo lleva a la capital, Quito, en 1846 para estudiar gramática española y latina en el instituto de enseñanza

mejores libros: *Siete tratados* (1882-83) y *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* (1885); Hostos: *La peregrinación de Bayoán* (1863), *Moral social* (1888) y “La educación científica de la mujer” (1873) —texto que se inscribe actualmente en la corriente de la literatura de género—, entre un material numeroso de ensayos, discursos, diarios y cartas, que se halla reunido en una edición de catorce tomos. (Cf. Eugenio María de Hostos. *Obras completas I-XIV*. Edición conmemorativa del gobierno de Puerto Rico 1839-1939. La Habana, Cultural/Obispo y Bernaza, 1939.) La historiadora Gabriela Cano dice: “Son ensayos de género, entre muchos otros: ‘La mujer’ (1869), de la cubana Gertrudis Gómez de Avellaneda; ‘La educación científica de la mujer’ (1873), del puertorriqueño Eugenio María de Hostos”. (“Prólogo” a Rosario Castellanos, *Sobre cultura femenina*. México, FCE, 2005 (LM, 139), p. 17.)

³ Algo semejante ocurre con el prólogo de la segunda edición de 1873 de *La peregrinación de Bayoán*, donde Hostos conserva el estilo de defender su libro contra los ilustres españoles que lo han desvalorizado, puesto que el personaje principal clama por el ideal de justicia y libertad para Puerto Rico, negado entonces por el imperio español.

secundaria del Convictorio de San Fernando. Dos años más tarde ingresa en el Seminario de San Luis para estudiar filosofía. Es lector de las *Vidas paralelas* de Plutarco, las *Décadas* de Tito Livio y los *Doce Césares* de Suetonio entre otras biografías de hombres ilustres de la Antigüedad. Se matricula en la universidad para estudiar jurisprudencia y filosofía y, al año siguiente, por influencia política de sus hermanos mayores, es nombrado secretario del Convictorio de San Fernando. En 1853 regresa a Ambato, después de abandonar los estudios de derecho y la secretaría del Convictorio de San Fernando. Allí se dedica a estudiar lenguas modernas: inglés, francés e italiano, así como también a leer y a escribir, y colabora, esporádicamente, en un periódico liberal, *La Democracia*, dirigido por su hermano Francisco, publicando sus primeros artículos. Con el sueño de viajar a Europa, Juan aprovecha la ocasión para que un amigo de la familia, el general Urbina, ministro plenipotenciario de Roma, se lo lleve como adjunto civil de la legación ecuatoriana de la capital italiana. Llega primero a París, donde su mayor alimento espiritual es visitar museos, bibliotecas, recintos históricos y conocer a sus escritores franceses preferidos: Bernardin de Saint-Pierre, Chateaubriand y, sobre todo, Lamartine. Luego viaja a Italia, cruzando por Suiza, con la inquietud de conocer la cultura renacentista. En julio de 1858 se establece en París como secretario de la legación ecuatoriana, y tiene la oportunidad de conocer en persona a Lamartine, escritor ya anciano, abandonado y endeudado. Montalvo se hace amigo suyo y trata de ayudarlo invitándolo a viajar a América para promover también su obra: “¡Qué feliz me encontraría yo siendo su guía en este largo viaje!”, relataba Montalvo en un artículo suyo. A mediados de 1859, decide viajar a Ecuador, pero recorre nuevamente Suiza, Italia y también España. Aunque su paso por este país fue fugaz, el conocimiento de la lengua española lo lleva a la lectura del *Quijote* y a reconocerse con su propia identidad. Como dice el crítico Ángel Esteban:

Y la lengua, que es visión, ordenamiento y concepción del universo, se presenta ante sus oídos como un material que da coherencia y justifica su misma vida. Sus preferencias rondaron alrededor de la zona andaluza, y el aventurero se adentró en las orillas del Genil, en la Vega y la misma ciudad de Granada, al pie de la Alambra; exploró

asimismo la oscura Sierra Morena, tantas veces recorrida por don Quijote y su escudero. La mezquita cordobesa fue otro de los puntos obligados, donde meditó sobre cómo las edades cambian, las civilizaciones también, y sólo un dios inmutable existe eternamente sin estar sujeto a las leyes de la contingencia.⁴

Bajo este paisaje poderoso en su mente, Montalvo regresa a su país natal, donde la situación política es más agravante que antes. Un nuevo tirano ha asumido el poder: Gabriel García Moreno, de carácter conservador y autoritario; además de ser poeta, conservó un régimen teocrático.

En 1866, Montalvo escribe y publica la revista política *El Cosmopolita*, en Quito. Como dice Esteban:

En ella publicará algún poema, reivindicará un cristianismo auténtico, alejado del fácil y servil clericalismo, y trará unas duras lecciones de gobierno, en las que García Moreno queda reflejado, retratado e interpelado. Es ésta la primera gran obra de Montalvo, en la que se descubre la vocación del ecuatoriano hacia la prosa doctrinaria, el ensayo, la discusión.⁵

El Cosmopolita deja de publicarse en 1869, cuando de nuevo toma el poder García Moreno, quien había estado ausente por unos años en la presidencia. Montalvo, quien lo había criticado en su revista, sale inmediatamente y se refugia en la legación de Colombia, y toma el camino para Ipiales, en la frontera entre Ecuador y Colombia. Luego pasa a Tumaco y de ahí a Panamá. Viaja de nuevo a París, donde llega como proscrito y no como diplomático. Pronto regresa a Panamá, pasa a Lima, y se radica por fin en Ipiales, hasta 1875. Durante ese tiempo de exilio y soledad, escribe el grueso de sus dos obras capitales: *Siete tratados y Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, a mediados de 1870.

⁴ Ángel Esteban, "Introducción", en Juan Montalvo, *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*. Ed. de Ángel Esteban. Madrid, Cátedra, 2004 (Letras hispánicas, 567), p. 22.

⁵ *Ibid.*, p. 24.

El 6 de agosto de 1875, un grupo de liberales asesina a García Moreno. Entonces Montalvo escribe: “Mía es la gloria, mi pluma lo mató”. Al tirano lo sucede otro: Ignacio Veintimilla, a quien más aborrece el escritor y lo ridiculiza en *Capítulos...* como un delincuente al que ajustician ahorcándolo (cap. XLVI). Cuando vuelve a Quito, Montalvo emprende otro trabajo editorial con la revista *El Regenerador* (1876-1878), oponente a la dictadura de Veintimilla. Tras un periodo de cuatro meses de exilio, el escritor ecuatoriano viaja de nuevo a Ipiales, en 1879, y tiempo después, en Panamá, comienza a publicar sus “Catalinarias” en el periódico *La Estrella de Panamá*, que critica el poder de las tiranías y, en específico, de Veintimilla. En 1881, Montalvo viaja al Viejo Continente cargando bajo el brazo los manuscritos de las obras escritas en los setentas, y en Francia trata de publicar todo su material inédito. En 1883 termina de corregir los *Siete tratados*, que aparecen publicados en Besancon. Con esta obra, Montalvo adquiere prestigio literario. Viaja nuevamente a España, donde pretende conseguir un sillón en la Real Academia. Emilio Castelar, Juan Valera y Núñez de Arce apoyan su candidatura, y Emilia Pardo Bazán, Campoamor y otros escritores lo orientan para relacionarse en los ámbitos culturales de la capital española. Al ver frustrada su anhelada postulación, Montalvo decide terminar la versión definitiva de los *Capítulos...*, en 1885, y comienza a escribir y a dar a la prensa la que será su tentativa final de publicación periódica, *El Espectador*, y redacta un último tratado, la *Geometría moral*, que se publicará póstumamente.

El estilo ensayístico de los *Capítulos*⁶ demuestra el amor que hay por la lengua española de Cervantes, por el uso de galicismos y el estilo neoclásico, y por la combinación genérica de poesía y ensayo.

⁶ Se trata de una obra indefinible. Montalvo la considera como un ensayo más que una novela: “Tómese nuestra obrita por lo que es —un ensayo, bien así en la sustancia como en la forma, bien así el estilo como el lenguaje”. (“El buscapié. Prólogo”, en *ibid.*, p. 115.) El crítico Enrique Anderson Imbert afirma: “La actitud de Montalvo al ponerse a escribir el libro (*Capítulos...*) fue la del ensayista, no la del narrador [...] Con tantos intereses teóricos Montalvo, en vez de escribir un ensayo, escribió ambiciosamente una novela; pero el ensayo acabó por invadir la novela”. (Enrique Anderson Imbert, *El arte de la prosa en Juan Montalvo*. México, El Colegio de México, 1948, pp. 105-106.)

Bajo esta sombra poética se transfiguran el pensamiento cristiano y los enemigos políticos de Montalvo, persiste el retrato irónico de don Quijote, que padece los más cruentos golpes y burlas de sus oponentes, y la reconstrucción de giros y refranes de Sancho Panza.

En su prólogo, el escritor ecuatoriano recurre al uso de superlativos para valorar al autor del *Quijote*: “Miguel de Cervantes es el más singular, el más feliz de los grandes escritores modernos; los escritores no tienen que soltar el moco y soplarse amenazando, cuando decimos de España que no tiene sino a Cervantes”.⁷

La pluma fue su instrumento y la escritura fue su ciencia: “Para ser uno de los más peregrinos, más admirables escritores, no hubo menester esa sabiduría universal con que algunos la enriquecen desmedidamente, dadivosos de lo que a ellos mismos les falta [...] Cervantes había estudiado poco y supo algo de todo”.⁸

La espada de Cervantes es la risa con la cual vence a sus detractores: “La risa, pues, divinidad sutil que se cuele en todas partes, huye del cementerio, tiene miedo a los muertos”.⁹ De esta forma, Montalvo define la dualidad del *Quijote* como una combinación de dos caras en conflicto: “la una que mira al mundo real, la otra al ideal; la una al corpóreo, la otra al impalpable”.¹⁰ El hombre está formado por esta dualidad entre lo misterioso y lo visible, de lo trágico y lo cómico. Es un ser incompleto por esta transformación sentimental del llanto a la risa y de la risa al llanto; un ser contradictorio por la necesidad de actuar con el bien o con el mal de acuerdo con la circunstancia ajena a su voluntad. Montalvo retoma este tema de la dualidad de lo risible y lo triste, que ha sido olvidado, entonces, por la crítica española. Intenta entender en los personajes, y en el hombre mismo, los vicios que definen su comportamiento y educación. Escribe el ecuatoriano: “Cervantes enseñó deleitando, propagó las sanas máximas riendo, escarneció los vicios y barrió con los pervertidores de la sociedad humana; de don-

⁷ J. Montalvo, *op. cit.*, p. 128.

⁸ *Ibid.*, p. 12.

⁹ *Ibid.*, p. 97.

¹⁰ *Ibid.*, p. 91.

de viene a suceder que su alma disfruta de la luz eterna y su memoria se halla perpetuamente bendecida”.¹¹

Con esta arma de la risa, Cervantes logra entrar a la inmortalidad, porque el efecto del *Quijote* es el de una catarsis aparentemente tranquila y sin reacción alguna en el lector. Su risa es más prudente que desmedida: “Escritor cuya habilidad alcanza la obra maestra de mantener a los lectores en perpetua risa invisible, es una gran escritor [...] La risa agigantada es como un sátiro de horrible catadura”.¹²

En América, los lectores criollos leen y comprenden mejor el *Quijote* que en España, desde que el libro arriba a las Indias en 1605, proveniente de una embarcación española (una, dirigida a México y, la otra, a Tierra Firme), al poco tiempo de haberse impreso en Madrid. Dice el historiador Irving A. Leonard: “La atención que en esta mascarada del Nuevo Mundo se prestó a los aspectos puramente cómicos de don Quijote y su escudero refleja también con exactitud la incapacidad contemporánea de la propia España para apreciar el profundo sentido de estos protagonistas principales”.¹³

En la época de la conquista, las novelas de caballerías habían tenido un gran público lector por parte de los mismos conquistadores, pero en las postrimerías del siglo XVI, empezó a existir el gusto por las historias de carácter realista y satírico. Como dice Leonard: “*La Celestina*, el *Lazarillo de Tormes* (aun en su versión expurgada), el *Guzmán de Alfarache*, y finalmente el *Quijote*, combinaron mágicamente los elementos del libro de caballerías, lo pastoril y lo picaresco, y casi desplazaron del todo a los viejos favoritos”.¹⁴

Durante el siglo XVIII, cuando el colonialismo español parecía no cambiar sus ideas políticas, hubo una mayor influencia de libros de pensadores europeos (Montesquieu, Voltaire y Rousseau) que motivaban a los criollos y mestizos ilustrados a rebelarse mental y políticamente del imperio español.¹⁵

¹¹ *Ibid.*, p. 93.

¹² *Ibid.*, p. 129.

¹³ Irving A. Leonard, *Los libros del conquistador*. 1a. reimp. Trad. de Mario Monteforte Toledo, revisada por Julián Calvo. México, FCE, 1996, p. 252.

¹⁴ *Ibid.*, p. 261.

¹⁵ Cf. Pedro Henríquez Ureña, *Las corrientes literarias en la América hispánica*.

Tras los primeros movimientos independentistas en México, con fray Servando Teresa de Mier, Miguel Hidalgo y José María Morelos, y en Sudamérica con O'Higgins, San Martín y Simón Bolívar, se reconoce, paradójicamente, la herencia cultural de España y la lengua española como la mejor vía para romper el cerco político colonial mediante manifiestos y ensayos contestatarios de los escritores liberales y revolucionarios. Martí, Hostos, Montalvo y hasta Rubén Darío hacen uso de la lectura del *Quijote* para valorar el espíritu de fe, libertad y justicia sobre el atraso educativo y caos social que se vive en tierras americanas.

La lengua española es un medio de emancipación para los escritores modernos de América. Es el mejor uso para tomar conciencia de la situación dictatorial y de la crisis política del nuevo continente. La lectura del *Quijote* es una lección moral para construir al hombre en su complejidad social y psicológica.

Una de las ventajas positivas de lo que produjo el contacto lingüístico de España y América fue la expresión de la verdad en español para demandar la liberación de los pueblos americanos. Como afirma el humanista Mariano Picón-Salas: "La lengua española es un admirable símbolo de independencia política: lo que impidió por la acción de Bolívar y San Martín, por el fondo de historia común que se movilizara en las guerras contra Fernando VII, que fuésemos para los imperialismos del siglo XIX una nueva África por repetirse".¹⁶

La frontera entre la expresión del indio, mestizo, criollo, la raza negra y la española se romperá gracias a una sola expresión de la verdad que abarque cualquier entendimiento humano. Martí, Hostos y Montalvo expresaron sus ideas bajo la corriente ética y social de Europa para adoptarla a la circunstancia de los americanos. Como dice Pedro Henríquez Ureña, el escritor americano toma "sus ejemplos en Europa, pero

México, FCE, 2001 (Biblioteca Americana). El autor afirma que por "aquel tiempo se había proclamado la independencia de los Estados Unidos, y nuevas doctrinas políticas se difundían por las colonias hispánicas, principalmente a través de los libros franceses, que se leían con no mucho secreto. Montesquieu, Voltaire y Rousseau se contaban entre los autores de mayor influencia" (p. 98).

¹⁶ Mariano Picón-Salas, *De la Conquista a la Independencia. Tres siglos de historia cultural hispanoamericana*. 2a. ed. 8a. reimp. México, FCE, 1992 (Colección Popular, 65), p. 55.

piensa en América”,¹⁷ porque, además: “En literatura [...] Europa estará presente, cuando menos, en el arrastre histórico del idioma”.¹⁸

En el momento en que Montalvo escribe los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes*, España es, entonces, el país menos europeo de Europa. El ensayista ecuatoriano reconoce que Cervantes es el único escritor europeo y universal fuera de su nación; hace suya la lectura del *Quijote*, cuyo estilo cómico y satírico es el bien para los americanos liberales. Escribe el ecuatoriano: “Nuestro ánimo ha sido disponer un libro de moral [...] Si él (Cervantes) llegare a caer por aventura en manos de algún culto español, queda advertido este europeo que hemos escrito un *Quijote* para la América española, y de ningún modo para España”.¹⁹

Para Montalvo, Cervantes es un autor inimitable, cuyo lenguaje, criticado entonces por la Academia de la Lengua como el más incorrecto, es el más armónico para expresar el sentido moral del hombre. Bajo el idioma de Cervantes se llega a la verdad de las cosas, a la purificación del alma. Imitando el estilo de *La divina comedia*, Montalvo se convierte en el Dante extraviado en una región oscura, Cervantes (la razón) lo guía para descubrirle la luz de la lengua castellana (la señora de la verdad). Las sombras que aparecen sucesivamente son los rivales del guía y otros escritores del purgatorio. El desenlace del prólogo, “El buscapié”, termina con una imagen dantesca:

Y, tú, Cervantes, a quien he tomado por guía, como Dante a Virgilio, para mi viaje por las oscuras regiones de la gran lengua de Castilla, echa sobre mí los ojos desde la eternidad, y anímame; llégate a mí, y apóyame; dirígeme la palabra, y enséñame. Cuando yo te pregunte: maestro, ¿quién es esa sombra augusta que a paso lento está siguiendo la orilla de ese río? Tú has de responder: inclínate hijo, ése es don Diego Hurtado de Mendoza.

Maestro, ¿quién es el espectro que allá va alto y sereno, los ojos vueltos arriba? —Ése es Fernando Rojas, autor de la *Celestina*, saludale.

¹⁷ P. Henríquez Ureña, “Seis ensayos en busca de nuestra expresión”, en *Obra crítica*. Pról. de Jorge Luis Borges. México, FCE, 1981 (Biblioteca Americana), p. 242.

¹⁸ *Ibid.*, p. 250.

¹⁹ J. Montalvo, *op. cit.*, p. 169.

Maestro, ¿quién es ese espíritu que se agacha a beber en esa fuente, debajo de estos acopados mirtos? —Es Moratín, llamado Inarco Celenio. A éste no le hables: huirá como una cervatilla; es tímido y esquivo como una virgen vergonzosa.

Maestro, ¿quién es esa alma rodeada de un resplandor divino, que está echándole la mano al cuello a ese arco iris? —Ése se llama don Gaspar de Jovellanos, hijo. Es el pontífice de los escritores: llégate a él, y dobla la rodilla.

Y agora, mi buena señora, me acorred, pues que me es tanto menester”.²⁰

A causa de pleuresía, Montalvo fallece el 17 de enero de 1889, en París. *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* se publica de forma póstuma en 1895. A partir de entonces, esta obra adquiere trascendencia en la literatura moderna y contemporánea, por la bella expresión de su prosa. Miguel de Unamuno, que probablemente escribió su *Vida de don Quijote y Sancho* (1905) leyendo los *Capítulos...*, advierte que es “la indignación lo que salva la retórica de Montalvo”.²¹ Enrique Anderson Imbert, además de retratarlo como un ecuatoriano enfermizo, solitario e insatisfecho en su vida sexual, lo considera como el escritor moderno del siglo XIX español, cuya escritura se basa en el arte de lo fragmentario: “Su literatura fue concebida fragmentariamente; y son fragmentos los que aseguran a Montalvo uno de los primeros lugares en la historia de nuestra literatura”.²²

Por su parte, Gérard Genette vacila en afirmar si los *Capítulos...* son un pastiche del *Quijote*.²³ Ángel Esteban opina que Montalvo se adelanta a la historia de Pierre Menard de Jorge Luis Borges, pero sin

²⁰ *Ibid.*, p. 194.

²¹ M. de Unamuno, *apud* A. Esteban, “Introducción” a J. Montalvo, *op. cit.*, p. 69.

²² Cf. E. Anderson Imbert, *op. cit.*, p. 191. En otro párrafo agrega: “Tan buen artesano era que a veces a uno no le interesa qué es lo que dice sino cómo lo dice”.

²³ Cf. Gérard Genette. *Figuras V*. Trad. de Ariel Dillon. México, Siglo XXI Editores, 2005. Dice el autor: “desde la continuación apócrifa de Avellaneda (1614), infiltrada entre las dos partes auténticas (1605, 1615), hasta los *Capítulos olvidados por Cervantes* (1882) [*sic*] de ese otro Montalvo (Juan, el ecuatoriano), pastiche —me dicen— casi tan tardío y tan fiel como el de Menard, que por otra parte no lo es o más bien que lo es demasiado para serlo” (p 113).

haber escrito el *Quijote* copiándolo, sino que “sustituyó a Cervantes y redactó lo que le faltaba a su magna obra. Para ello siguió los mismos métodos que el personaje de Borges: conocer bien el español, asimilar la fe católica, tener un buen acopio de materiales caballerescos y tradiciones hispánicas, manejar los refranes con habilidad”.²⁴

Montalvo también se convierte en nuestro guía para viajar por el mundo literario y ético de Cervantes. “El buscapié. Prólogo” es un ensayo que nos enseña la ruta imaginaria de la literatura española y europea en torno al *Quijote*. Nos protege de los prejuicios de los cánones literarios que pretenden delimitar las ideas de la novela de Cervantes a una sola forma de interpretación; nos ayuda a encontrar la vía de salvación por medio de una lectura intuitiva y placentera y a conocer la moral del hombre a través del buen uso de la lengua española. Cada lector ríe, llora y aprende a ser don Quijote y Sancho en el breve tiempo de nuestra vida.

²⁴ A. Esteban, “Introducción” a J. Montalvo, *op. cit.*, p. 15.